

Análisis y actualidad del fascismo

Ricardo Ribera
e

«La historia es la política del pasado,
la política es la historia del presente».

JOHN STEELEY

La cuestión del enfoque o perspectiva al momento de analizar el fascismo

Al examinar la abundante bibliografía existente respecto a este tema, lo primero que salta a la vista es la discordancia entre los autores debido a la distinta postura que adoptan frente al fenómeno. Algunos tienen un enfoque que, abierta o disimuladamente, simpatiza con el fascismo. Se trata de investigadores que, consciente o inconscientemente, trabajan para su rehabilitación. Algunos reclaman una revalorización de los hechos históricos, exigen un acercamiento al tema que esté libre de prejuicios y de condenas a priori, o sencillamente proclaman haber encontrado méritos y logros del fascismo, los cuales no debieran ser desvirtuados por juicios condenatorios globales. Estos serían la consecuencia del fracaso coyuntural del fascismo, de su derrota en la segunda guerra mundial, de modo que la versión de los

vencidos habría quedado proscrita del discurso histórico oficial. A nombre de rescatar otras posibles lecturas, diferentes a la que impuso el bando vencedor, emprenden así la defensa de determinados aspectos y realizaciones del fascismo. Son perspectivas que no merecerían mayor atención, pues se descalifican ellas solas, si no fuera por el hecho de que resultan indicativas de la persistencia de sectores que se sienten en alguna medida atraídos, seducidos, por las propuestas y el proyecto del fascismo. Y que contribuyen a la idea de que el fascismo, si no incurre en los «errores» y «excesos» que anteriormente lo llevaron a su ruina, podría resultar una opción de futuro.

Un segundo enfoque, que desgraciadamente comparten muchos estudiosos, resulta tal vez más peligroso que el anterior. Se trata de aquellos que se acercan al tema desde una postura de «neutralidad», de aparente «objetividad», que pretenden sopesar cuidadosamente los pros y los contras, lo positivo y lo negativo. Su punto de partida y de llegada es el mismo: el eclecticismo. Hacen como si el problema no tuviera que ver con nuestra propia especie, como que no fuera algo crucial para la historia de la humanidad. La presentación falazmente «científica» de los argumentos y valoraciones olvida el compromiso que toda ciencia social tiene en su raíz y al que no puede renunciar, no solo en aras de la verdad histórica, incluso en aras de la propia ciencia. Esta lleva implícita la inclusión de juicios de valor, desde perspectivas humanísticas y éticas, que imponen adoptar una perspectiva crítica en el examen riguroso y científico del fenómeno del fascismo. La tradición positivista en la ciencia de la historia conlleva el riesgo de un enfoque aséptico de los hechos históricos. En ella desaparece además la idea de proceso y de encadenamiento a lo largo del tiempo. Se desvincula artificialmente aquel pasado doloroso de nuestro presente. El pasado adquiere entonces aspecto de irrealidad, viene a ser como un sueño o como una pesadilla, que en todo caso ya no debe inquietarnos pues habría dejado de ser «real». La herencia que el presente recibe del pasado resulta borrada en este tipo de visión, así como la posibilidad de interpretar el presente como prolongación del pasado. Se ha tenido la suerte de sobrevivir a él o de haber nacido después, y se contempla entonces aquel mundo como si no tuviera nada que ver con el nuestro. La historia toda, incluida la historia del fascismo, es revisada entonces como simple recuento de curiosidades, insólitas algunas, amables las menos, de inusitada crueldad y violencia otras, incomprensibles otras más. Es una visión que, en

definitiva, contribuye a devolvernos la tranquilidad y falsa confianza de que tales fantasmas del pasado quedaron enterrados definitivamente con él. Ya no volverán para asustarnos.

La tercera perspectiva es la única que puede aspirar a ser verdaderamente científica y coherente ética y humanamente: es el enfoque crítico del problema del fascismo. Este no solo se considera con el derecho y el deber de emitir un juicio, acepta incluso el pre-juicio contra el fascismo como punto de partida que señala el rumbo y la meta de la investigación. No elude el objetivo de «comprender»; al revés, este constituye en realidad su aspiración máxima. Pero la comprensión que se busca no comporta ninguna forma de simpatía, ni de disculpa, ni mucho menos de absolución. Por el contrario, si se requiere entender el fenómeno del fascismo es para contribuir mejor a prevenir su posible resurgimiento, para que la experiencia histórica vivida por la humanidad en el siglo xx sirva cual vacuna definitiva, para evitar cualquier contagio a futuro de la mortal enfermedad. Es esta una perspectiva en que coinciden punto de partida y conclusión: la condena inequívoca y sin concesiones del fascismo. Un enfoque que lleva adherida indeleblemente una motivación si se quiere «subjetiva»: la inquietud permanente por «el muerto que se resiste a morir» —para utilizar la expresión de Hegel— y que pudiera «levantar la tapa del ataúd» salir de este y volver a caminar entre nosotros. Si de entrada contemplásemos el fenómeno del fascismo como un simple «hecho de la historia», como algo que pertenece al pasado y que no tiene presencia, ni actividad ni potencial, en el presente cerraríamos el espacio a construir el tipo de enfoque crítico y comprometido que estamos reclamando. Cerraríamos la puerta a prevenir los riesgos que acechan al inminente futuro, con su carga de amenazas y calamidad.

El primer problema teórico: ¿el fascismo o los fascismos?

Como es conocido, la palabra fascismo procede etimológicamente de la lengua italiana. Su creador, Benito Mussolini, la tomó de la legendaria historia del imperio romano, donde se utilizó el «fascio» o haz de palos amarrados. Servía a la imagen que deseaba promover el fundador del movimiento fascista: una sola de las varas, aislada, se rompería fácilmente, pero como

parte del conjunto que representaba el «fascio» se convertía en inquebrantable. Es decir, solo la unidad de la nación sería capaz de salvarla, así lograría lo que aisladamente los individuos que la componían jamás podrían lograr. Un fuerte nacionalismo constituía el núcleo de la nueva ideología política que nacía en Italia a poco de concluir la primera guerra mundial. En un principio, el término fascismo se asociaba exclusivamente con este violento movimiento político italiano que alcanzaba el poder tempranamente en 1924.

En esos mismos años se integraba a un grupúsculo de extrema derecha del sur de Alemania un ciudadano austríaco, excombatiente de la Gran Guerra, Adolf Hitler, que por su gran elocuencia casi de inmediato fue promovido a jefe de propaganda y poco después a líder de ese pequeño partido, que pronto adoptaría su nombre definitivo: el Partido Obrero Alemán Nacional Socialista, NSDAP, según sus siglas en alemán. El partido nazi o nazismo pronto sería identificado como la variante germana del fascismo, por sus coincidencias de fondo con el movimiento político italiano que, dirigido por Mussolini, había realizado en 1924 la «marcha sobre Roma», tras la cual le fue entregado el poder. La estratégica alianza entre ambos líderes nacionalistas conocida como el eje Roma-Berlín, tras la cual se desencadenó la segunda guerra mundial, reforzaba la idea de identidad entre fascismo italiano y nazismo alemán. Aunque las diferencias y particularidades eran bastantes, resaltaban los elementos de una ideología común y de la coincidencia en sus agresivas estrategias.

El tercer lugar donde apareció con fuerza un fenómeno similar fue España. El país no había participado en la Gran Guerra pero la coyuntura internacional desde 1929 precipitó la crisis de la monarquía y el advenimiento de la república a inicios de la década de los treinta. En 1936, la formación de un gobierno de Frente Popular, tras la victoria electoral de las izquierdas, provocaba un intento de golpe militar, neutralizado en parte, que derivó en una guerra civil de tres años. El involucramiento de las potencias fascistas ayudando a los militares derechistas alzados en armas fue desde el mismo inicio: Mussolini ayudó al general Franco a trasladar al grueso de las tropas destacadas en África poniendo a su disposición a la poderosa armada italiana, mientras Hitler le facilitaba un puente aéreo con unidades de la Luftwaffe alemana. Italia mantendría el apoyo militar al llamado «bando nacional» con unidades motorizadas y de blindados, mientras la Alemania nazi reforzaba

su poderío aéreo con la «legión Cóndor», responsable de múltiples bombardeos (incluido el famoso sobre Guernica), y ponía a prueba nuevos modelos de aviones de combate y tácticas operativas.

La asimilación del régimen franquista a su caracterización como «fascista» no fue fruto tan solo de estas alianzas estratégicas. Obtenida la victoria en la guerra civil española, que fue prelude inmediato de la segunda guerra mundial, Francisco Franco se hizo llamar «caudillo de España» y organizó un sistema político de partido único alrededor de la estructura de un pequeño grupo de ideología fascista llamado Falange Española. Suprimió no solo a todos los demás partidos, incluidos los de la derecha conservadora, sino también a los sindicatos y organizaciones del mundo laboral, sustituidos por un único sindicato «vertical» en el que estaban representados patronos y trabajadores. Consolidó el apoyo que había recibido de la Iglesia Católica mediante un Concordato con el Vaticano que daba extensas prerrogativas al catolicismo, que pasaba a constituirse en religión oficial del estado. De ahí la caracterización de «nacional-catolicismo» que se hizo del franquismo, como variante hispana del nazismo o «nacional-socialismo» así como del fascismo italiano. Derrotados los fascismos, Franco quiso presentar su «glorioso Alzamiento Nacional» no como adversario de las democracias triunfantes sino como enfrentado al comunismo y a la persecución religiosa: nacía la propaganda de la «Cruzada Nacional». Los nuevos tiempos de guerra fría favorecieron que las potencias aliadas vieran conveniente creerle a Franco y se aflojó el embargo económico y el aislamiento político en que pasó España hasta los años cincuenta. Los Estados Unidos y El Vaticano fueron los primeros Estados en reabrir relaciones diplomáticas.

Es así que el fascismo español se alargó mucho más allá de la coyuntura de entreguerras en que nació. Como mínimo hasta la muerte del dictador, en 1975, o para otros hasta las primeras elecciones de la transición, en 1977, o hasta el intento golpista de Tejero o incluso hasta la victoria electoral de los socialistas de Felipe González, ambos acontecimientos a inicios de la década de los ochenta. Algo similar cabría decir de la dictadura de Salazar en el vecino Portugal, con claras simpatías y similitud con el régimen franquista, que duró desde los años treinta hasta abril de 1974. También la dictadura de los coroneles en Grecia ejerció con formas similares el poder, anulando violentamente la creciente preponderancia de los comunistas griegos tras la

segunda guerra mundial, haciendo asimismo que el fenómeno del fascismo en Europa se haya extendido hasta épocas muy distantes a las que lo vieron nacer. Son argumentos fácticos para rechazar por superficial y apresurada aquella interpretación que anclaba el fenómeno en los años posteriores a la Gran Guerra y decretaban su muerte y desaparición al concluir la segunda guerra mundial. No solamente constatamos que fueron varios fascismos los que históricamente se han dado, también queda evidenciado que es un tipo de movimiento político que no aparece amarrado a una coyuntura específica. Incluso habría que añadir los casos de corrientes políticas significativas que no han llegado al poder, pero que se han hecho presentes con fuerza en el escenario político de ciertas democracias europeas: en Francia, con la formación política del ultraderechista Le Pen; en Italia, donde la nieta de Mussolini encabeza una formación de corte fascista que en algún momento formó parte de la constelación de fuerzas que llevaron a Berlusconi al poder; en la actual Polonia, donde los hermanos gemelos Kaczynski están en una órbita ideológica similar, etc.

Quedan preguntas inquietantes: ¿Es el fascismo un fenómeno exclusivamente europeo? ¿O puede encontrarse también en otras regiones y continentes? ¿Tiene sentido plantearse el problema de su posible presencia, por ejemplo, en América Latina? Ahí hay una discusión sobre si caracterizar o no como fascistas ciertos regímenes, como el peronismo argentino, o férreas dictaduras militares, como la brasileña de los años sesenta o la de Pinochet en Chile. La palabra fascista ha sido utilizada en múltiples ocasiones por los opositores de izquierda para descalificar o atacar a sus oponentes derechistas. Incluso en nuestro país, ARENA ha sido desde sus inicios calificada como tal por sectores de la izquierda salvadoreña. ¿Tiene algún sentido o se trata simplemente de descalificaciones propagandísticas, donde el término se va desvalorizando y perdiendo su sentido originario para convertirse en un simple insulto o ataque desproporcionado? Detrás de tales problemas teóricos palpita una cuestión grave: si el fascismo ha sido o puede llegar a ser una realidad histórica y política en regiones alejadas del centro del sistema mundial, en formaciones de capitalismo de menor desarrollo. Para ir enfocando una respuesta necesitamos una mejor conceptualización de lo que resulta ser la esencia propia del fascismo, el núcleo duro de su concepción.

Características esenciales y rasgos no esenciales del fascismo

Lo primero que salta a la vista al examinar esta cuestión es que hay algunos rasgos propios del fascismo alemán o nazismo que, por su misma relevancia hegemónica, han tendido a ser vistos equivocadamente como constitutivos de la concepción fascista, cuando no es así, pues no aparecen en otros fascismos. Ocurre esto con el racismo y el antisemitismo, que aun siendo muy centrales en la doctrina del nacional-socialismo, están ausentes en el caso de Italia así como en España. Mussolini buscó el mito de la historia, del pasado glorioso del pueblo italiano, es decir, en presentarlo como heredero del imperio romano, cosa que los fascistas alemanes no podían hacer. Los pueblos germánicos nunca fueron integrados al imperio romano, ni siquiera fueron latinizados, quedaron al margen de la «civilización» de la antigüedad. Los ideólogos del nazismo buscaron en la supuesta superioridad de la raza aria, en las concepciones racistas y darvinistas étnicas, el mito cohesionador y movilizador que no podían encontrar en la historia. El pueblo ario, guerrero y conquistador, dominador de otros pueblos y fundador de civilizaciones como la hindú o la persa, era perfecto para tales propósitos. Bastaba con presentar al pueblo alemán como descendiente de los arios, cosa, por otro lado, bastante incierta, como el propio Hitler reconocía en privado. Ni el fascismo español ni el italiano contaban en sus países con tradiciones culturales para poder plantear el mito de la supremacía racial. Los ideólogos falangistas, por tanto, se refugiaron, al igual que sus homólogos italianos, en el pasado glorioso, en este caso, el imperio español en el que, como dijera el rey Carlos I, «jamás se ponía el sol». Un pasado de esplendor, de oro y plata, pero también de evangelización, de conquista con la cruz y la espada, según el discurso del poder que arranca ya con los Reyes Católicos. De ahí que la fusión entre nacionalismo y religión, entre Estado e Iglesia, que era característica especial del ibérico nacional-catolicismo resultaba coherente con el mito central en que se apoyaba. Ayudaba también a revivir su antipatía hacia los británicos, los enemigos declarados del fascismo, el recuerdo de las historias negras del filibusterismo inglés o de «la pérfida Albión» contra la que se perdió en tantas batallas, por la astucia y las intrigas que se le atribuían.

El antisemitismo o, para decirlo con mayor precisión, la discriminación y persecución de los judíos, ha sido algo común en toda Europa a lo largo

de muchos siglos. No aparece con mayor relevancia ni en el fascismo italiano ni en el español. Si en algún momento Mussolini persiguió a los judíos en Italia y los entregó a los nazis, fue fruto de la presión alemana y no por impulso propio; igual hizo el régimen colaboracionista francés, ceder a la presión de las autoridades de ocupación alemanas, aun contra la repugnancia de la mayoría de ministros del gobierno de Vichy. En consecuencia, toda la temática de la persecución antisemita, del Holocausto y de Auschwitz, ha de ser estudiada en relación con el nazismo, pero desligada del fenómeno general del fascismo y de lo que le es esencial. Incluso, tal estudio no debería dejar de lado que idéntica persecución y política de exterminio se aplicó también contra el pueblo gitano, contra grupos sociales específicos como los homosexuales y los deficientes mentales así como contra sectores políticos, como socialdemócratas y comunistas. El tema del Holocausto judío y sus seis millones de víctimas mortales, con lo terrible y dramático que es, ha dejado a veces fuera de foco la realidad igualmente devastadora de otras víctimas de los campos de concentración y de exterminio, o los estragos causados a millones de eslavos y rusos, trasladados a campos de trabajo forzoso, en condiciones de esclavitud, traumatizados de por vida o muertos de agotamiento, de hambre, de frío o por falta de cuidados médicos. Los horrores del fascismo, en especial de su variante nazi, exceden en mucho el sufrimiento de los judíos perseguidos y masacrados, pues son muchas más las víctimas, aunque hayan sido estos crímenes menos publicitados y menos conocidos por el gran público. De forma igualmente brutal se comportaron los fascismos italiano y español con sus opositores, sin el componente antisemita propio de la variante alemana.

En cambio, hay características que resultan esenciales en el fascismo, y que están presentes en las distintas versiones de dicho fenómeno. En primer lugar, el nacionalismo extremo, que bien puede calificarse de ultranacionalismo. Es una poderosa fuerza ideológica, capaz de movilizar ingentes masas inflamadas por la oratoria patriótica, recurso que ya conocían las burguesías desde el siglo XIX, cuando necesitaron pelear para defender sus mercados y espacios económicos nacionales. El fascismo redescubre este mecanismo y lo potenciará al máximo, sobre todo en sus preparativos para lanzar guerras de agresión.; pero también por motivos de política interna: el fascismo aparece como el polo opuesto al marxismo y otras ideologías revolucionarias que han

reclamado el internacionalismo como principio y motor de luchas sociales. Mussolini, militante prominente del partido socialista italiano y director de su periódico, *Avanti*, lo sabía muy bien. Proclamó su ruptura con el socialismo a partir de sus divergencias en este punto: lo que debía hacer Italia, vencedora de la Gran Guerra pero poco tomada en cuenta a la hora de repartir el botín de guerra, era unirse, fortalecerse y darse a respetar. Quien proclame la lucha de clases, la confrontación de unos italianos contra otros, los intereses de clase o los principios del internacionalismo, no es sino un traidor al servicio de potencias extranjeras enemigas de la patria. Ante tal comportamiento contrario a los intereses de la nación son válidos todos los recursos, en primer lugar la violencia, tal como los bolcheviques la proclaman y la practicaron, pero dirigida ahora para evitar tal insurrección o revolución social. El fascismo reclamará medidas de excepción para hacer frente a una situación que es asimismo excepcional: el peligro cierto de una revolución comunista triunfante, la maduración de una situación revolucionaria. Hará de la violencia un recurso privilegiado para desarticular por el terror a las organizaciones de izquierda y un instrumento de propaganda de sus ideas y de su determinación. Se apoyará en la legalidad cuando pueda aprovecharla para sus intereses, pero recurrirá a la ilegalidad todas las veces que le convenga, proclamando que la suya es una auténtica «revolución».

La responsabilidad por la gravedad del momento la tendría el viejo sistema liberal, el cada vez más desacreditado parlamentarismo, los viejos partidos políticos, incapaces de reacción ante la crisis. Es por ello que el fascismo, en todas partes, expresa posiciones contrarias a los planteamientos e ideología del liberalismo burgués. Proclama la crisis de la república liberal y propondrá un centralismo dirigido a limitar severamente las libertades individuales. Hará la crítica retórica a las actitudes de los «burgueses» incapaces de más ideales que el cuidado de su fortuna, irresolutos, que se muestran asustados ante la crisis, que buscan una salvación individual, y las contraponen al discurso fascista del ideal superior de la Nación, a la disposición al sacrificio para salvar a la patria, a la virilidad de la voluntad de lucha y de querer pasar a la acción y a su disciplina en aras de la grandeza del Estado. La pequeñez y la insignificancia del individuo burgués (o más bien del pequeño burgués) habrán de verse sublimadas y superadas en su fusión-sumisión respecto a un Estado fuerte capaz de realizar la misión histórica que le corresponde a la na-

ción, ok asimismo en la obediencia apasionada y ciega al individuo que mesiánicamente encarna las virtudes del alma de la nación: es el líder, caudillo, jefe o conductor. Un exagerado culto a la personalidad del líder acompaña siempre al discurso fascista, lo que le permite imponerse a las estructuras del partido desde su dominio de las masas y ejerciendo su conducción directa. Acompaña dicho caudillismo la burocracia del Estado, que pasa a ser el sujeto máximo de la historia desde la perspectiva fascista.

De ahí que Mussolini aceptara sin desagrado la caracterización de «totalitarismo» que se hizo de su régimen: efectivamente pretende que el Estado tenga un control total, poder total, en todos los órdenes de la vida. No solo la vida política y social, también económica y personal, incluso el tiempo libre de las familias es organizado, regulado, vigilado. El sistema se encamina de la mano del fascismo hacia una variante de capitalismo de estado, donde los capitalistas individuales, el capitalismo privado, deben estar dispuestos a autolimitarse y ceder ante los intereses superiores del proyecto de nación que impone el régimen fascista. Los evidentes paralelismos y semejanza con lo que estaba ocurriendo en la Unión Soviética en tiempos de Stalin llevaron a que el término totalitarismo, al dar inicio la guerra fría, se usara para justificar que esta solo suponía una prolongación de la segunda guerra mundial puesto que la democracia, los derechos humanos y la libertad seguían en peligro. Ambos extremos del espectro político, la extrema derecha fascista y la extrema izquierda soviética, no serían sino versiones de un mismo sistema totalitario, enemigo del modelo democrático occidental. Debe reconocerse que pese al uso ideológico del concepto «totalitarismo» hay suficientes elementos como para que este se sostenga. En ambos casos la tendencia es a estructurar un capitalismo con preponderancia de la propiedad estatal. Ambos regímenes se constituyen en sistemas de partido único, donde el Partido tiende a fusionarse con el Estado, sin libertades políticas al margen del partido oficial, donde la propaganda sustituye la información y el debate, y se promueve desde el mismo sistema escolar el pensamiento único y la sumisión de la ciudadanía a la ideología política dominante. Las diferencias entre ambos regímenes, el fascista y el estalinista, son sin embargo esenciales: pese al recurso al nacionalismo que hizo Stalin, se mantuvo siempre en la ideología soviética el principio del internacionalismo, pese a la promoción de la propiedad estatal en detrimento de la social. Se insistió siempre en el carác-

ter anticapitalista y antiimperialista de la revolución bolchevique, pese a sus coincidencias coyunturales con Hitler, incluso al aliarse temporalmente con él, se constituyó finalmente en el principal baluarte para frenar su avance y en factor principal de su derrota. Por tanto, aunque las deformaciones que el estalinismo supuso de la teoría y práctica del socialismo marxista lo llevaron a asemejarse en ciertos aspectos con la criminal práctica fascista, las diferencias esenciales entre ambos fenómenos son determinantes. Esto se entenderá mejor en la siguiente sección del artículo.

Una definición, múltiple y compleja, del fascismo

La complejidad del fenómeno del fascismo impide que se pueda elaborar una definición simple, concisa y única. El fascismo es muchas cosas al mismo tiempo. Es ambiguo por naturaleza, por eso confundió a tantos cuando apareció en escena por primera vez en la historia. Ya hemos dicho algunas cosas esenciales de él: es ultranacionalista, es anticomunista, es antiliberal y es totalitario. Todo ello deriva de su significado histórico y de su función primaria, que tiene que ver con la crisis revolucionaria ascendente en el seno del capitalismo: frente a ella el fascismo es la reacción por excelencia, es la contrarrevolución. La diferencia con la derecha tradicional, normalmente de ideología conservadora, defensora de la ley y el orden, de la institucionalidad, del Estado de Derecho, es que frente a ella el fascismo se define como una nueva derecha dispuesta a arrasar con todo. No toda derecha es reaccionaria, la simplemente conservadora admite opciones opositoras, expresiones antisistema incluso, mientras estas se mantengan dentro de los márgenes que la ley y las instituciones permiten. La reacción que supone el fascismo reacciona también contra ese conservadurismo, al que atribuye parte de la culpa de la crisis. Reclama que, perdida la «normalidad» y ante el peligro revolucionario, no hay normas que deban ser respetadas. Las normas las dictará el bando vencedor después de que haya vencido. El derecho, filosofará, es siempre producto de la fuerza. La situación impone su uso de manera ilimitada. De ahí que, aunque el fascismo tiene un discurso defensor de la legalidad, a la vez defiende saltarse toda legalidad para poder prevalecer. No admite un lazo entre derecho y justicia, por eso no le preocuparán las críticas a la

evidente injusticia de las leyes fascistas. Es por ello que al fascismo muchos intelectuales, incluso conservadores, le acusarán de ir contra la civilización y de ser un retorno a la barbarie. Incluso lo tildarán de irracionalismo, ya que no admite una discusión sobre la legitimidad o racionalidad de su accionar: para los teóricos del fascismo, el instinto es superior a la razón, pues es el primer y principal mecanismo de supervivencia. El instinto, no la racionalidad, orienta la acción política extrema del fascismo que argumentará no pretender sino la sobrevivencia victoriosa del pueblo.

El fascismo es la contrarrevolución en el sentido más radical, es decir, es el recurso último del sistema de aplastar por la fuerza, de aniquilar, de eliminar físicamente a quienes buscan una revolución que pueda destruirlo y superarlo. Por ello utilizará el terror planificado y sistemático, atacando marchas sindicales, mítines de izquierda, asaltando locales sindicales o de partidos de izquierda, incluso recurriendo al asesinato de líderes y activistas, buscándolos a la salida del trabajo o en sus casas. De ahí la estructuración de fuerzas paramilitares que se constituyen en brazo armado del fascismo —así los «fascio di combattimento» de Mussolini, o las S.A. del nazismo, o las escuadras falangistas en España— y que actúan cual escuadrones de la muerte, a menudo contando con la simpatía y complicidad de las fuerzas del orden. Una vez en el poder la contrarrevolución se transforma en verdadero terrorismo de estado, que busca paralizar y anular cualquier resistencia. La represión puede fácilmente extenderse a individuos y grupos que no son propiamente revolucionarios, pero que discrepan, critican o no se adhieren al fascismo. Prevalece una mentalidad maniquea: «el que no está conmigo está contra mí». Por tanto el que no se ha sumado a alguna organización fascista se va a convertir en sospechoso y a este le va a tocar pronto intentar demostrar que no es culpable. La única forma de detener el auge y ascenso del fascismo la planteó el comunista búlgaro Dimitrov: Un Frente Antifascista que diera cabida a todas las fuerzas, incluidas las de centro, los católicos, la derecha liberal y la conservadora, para aislar y derrotar al fascismo, a ser posible antes de que este alcance el poder. Si llega a controlar el Estado están en peligro todos los sectores democráticos, de cualquier inclinación y tendencia. Lamentablemente esta orientación llegó tarde en Europa, pues Stalin se había empeñado desde fines de la década de los veinte en una insensata política sectaria de «clase contra clase» que aisló a los revolucionarios y les hacía re-

petir que el enemigo principal eran los socialdemócratas, a los que calificaba de social fascistas. Después rectificó y aceptó la tesis contraria, propuesta por Dimitrov: impulsar en cada país el Frente Unido de la clase obrera, fomentando la colaboración entre socialdemócratas y comunistas. Política que también abandonó Stalin cuando sorpresivamente hizo una alianza con Hitler en agosto de 1939 y participó el mes siguiente, al inicio de la segunda guerra mundial, de la invasión contra Polonia. Una política que desconcertó y desmoralizó a la izquierda en todo el mundo, no solo a los comunistas, mientras en la Alemania nazi, en vez de ser objeto de debate, se celebraba el pacto como otra muestra de la astucia del Führer. Solo cuando este, traicionando su compromiso con el líder soviético, desencadenó en 1941 la «operación Barbarroja» e invadió Rusia, quedaron las cosas por fin en su lugar. Era falsa la tesis estalinista de que siendo las protagonistas de la contienda mundial potencias capitalistas e imperialistas resultaba para la Unión Soviética indiferente quedarse al margen, apoyar a las democracias o aliarse con el fascismo.

El fascismo, no solo el alemán, muy pronto demostró ser la expresión más agresiva y cruel de la política imperialista. Es el imperialismo en su máxima potencia. Franco no podía por la debilidad de la nación española llevar sus ambiciones más allá de una inútil resistencia a desalojar las últimas posesiones coloniales de España en África. Pero Mussolini arrastró a Italia a una desastrosa política de expansión imperial en Abisinia (Etiopía), Libia y Egipto, así como en la región balcánica y Grecia. En todos los casos los ejércitos alemanes tuvieron que acudir pronto en su auxilio. En el caso alemán, donde la base económica era de un mayor desarrollo y contaba con tecnología de punta, la vocación imperialista del fascismo se hace clarísima. El nacionalsocialismo teorizó sobre la necesidad de un «espacio vital», que sería algo así como una ley natural común a todas las especies, para justificar la legitimidad de que el pueblo alemán ampliara su territorio hacia el este, sometiendo a las poblaciones eslavas «inferiores» a su voluntad de dominio propia de los pueblos «superiores». Mismo argumento que se utilizó en la invasión a Rusia, pues más allá de la cuestión ideológica del anticomunismo, estaba en juego el control del rico granero de Ucrania y de los pozos petroleros cercanos al mar Caspio. La filosofía en que se amparaba dicha estrategia no era más que «el derecho del más fuerte» a hacerse con los recursos y riquezas que considerase vitales para su posterior expansión y poderío. Es el principio

de que la ley de la fuerza debe imponerse sobre la fuerza de la ley. Toda la construcción «civilizatoria» de las normas del derecho internacional saltaba por los aires ante el discurso y la práctica fascista de la pura lógica del imperialismo. El conjunto de la clase dominante alemana, en especial el sector de la hegemonía económica y política, el verdadero poder tras el trono, el gran capital, resulta culpable de los crímenes y el desastre, incluso para sus propios intereses del fascismo.

La composición de clase del fascismo

Como todo movimiento político moderno, el fascismo nace con vocación multclasista. Su discurso antes de alcanzar el poder ataca a todos los partidos políticos del sistema liberal republicano. Se presenta a sí mismo como un «antipartido» y desarrolla un movimiento de masas, lo que constituye un rasgo específico. Es una característica esencial suya el objetivo de enraizar en diferentes capas de la sociedad para moverlas a la acción política. Aspira a movilizar y conducir al conjunto de la sociedad contra las estructuras del Estado en crisis. Entre la militancia fascista de primera hora los más numerosos proceden de la clase media. Pequeños propietarios, rentistas, comerciantes, profesionales, empleados de cuello blanco, funcionarios y burócratas de todo tipo, incluso algunos intelectuales y artistas, se dejan seducir y arrastrar por el fascismo. Están en sus manifestaciones, marchas, concentraciones y mítines como la masa principal de seguidores, por lo que con razón al fascismo se le ha identificado como un movimiento político de las capas medias. Es parte del fenómeno de «la rebelión de las masas» frente a la que alertaba el filósofo Ortega y Gasset.

Un segmento específico de este sector social movilizado masivamente por el fascismo lo constituyen los funcionarios del aparato coercitivo: policías, jueces, militares y empleados del poder judicial. Por su misma función social e ideología estamental tienden a simpatizar con sus postulados contrarrevolucionarios y reaccionarios. Serán colaboradores de primer orden para asegurar la impunidad de sus agresiones y actos de violencia, privando a sus víctimas la posibilidad de recurrir a los agentes del orden o a las instancias judiciales, donde predominan los simpatizantes y militantes del fascismo.

También resultará vital dentro del ejército la correlación de fuerzas favorable a los fascistas, tendiente a paralizar cualquier iniciativa de respeto a la legalidad republicana o de oposición al ascenso del fascismo, por las simpatías que tal movimiento despierta entre muchos jefes y oficiales.

En el campo, el fascismo logrará sumar no solo a grandes terratenientes sino también a muchos medianos propietarios y a campesinos dueños de pequeñas parcelas. Los convence la retórica antisindical y anticomunista, en una coyuntura donde aparceros, jornaleros y proletarios agrícolas se han organizado y están en auge sus luchas reivindicativas. También les seduce el discurso imperialista de expansión territorial que proclama el fascismo. El caso alemán es el más claro: Hitler prometía extender la nación alemana hacia el este y colonizar con familias campesinas alemanas las tierras eslavas conquistadas. Es una muestra de la posible coincidencia entre intereses de clase específicos y el discurso nacional socialista global que plantea conquistar la grandeza de Alemania obteniendo el «espacio vital» que esta necesita y merece.

El fascismo hará un esfuerzo considerable por lograr atraer obreros a sus filas. Por ser base social principal de los partidos marxistas que se plantean la revolución del proletariado, conseguir aunque sea unos pocos adeptos en las fábricas será un triunfo muy especial para la extrema derecha fascista. De hecho lo va a lograr, aunque no en gran número. Recluta entre aquellos que el marxismo califica de «aristocracia obrera», bien por estar algo mejor remunerados o, sobre todo, por ocupar puestos de control o dirección. Son esos jefes de taller y capataces, ascendidos desde la base, que a menudo se comportan despóticamente con sus antiguos compañeros, pues razonan que ellos «ya pasaron por esto», a ellos «no los engaña nadie», ellos «se conocen todos los trucos», etc. También habrá otros, simples obreros de la base, reticentes a sumarse a las huelgas a que llaman los dirigentes sindicales, que encontrarán ahora en la prédica fascista argumentos para defender su postura. La lucha es contraproducente, lo que más conviene a los trabajadores —razonan— es conciliar con los patronos, para así salir de la crisis, levantar juntos a la empresa y obtener una real mejoría en la situación. Esos obreros que antes eran silenciosos y pasivos, a menudo vistos con desconfianza, ahora se atreverán desde su nueva militancia fascista a clamar contra los agitadores y los enemigos de la patria. Ofrecen una oportunidad preciosa para debilitar a las organizaciones de clase, romper su unidad y preparar las condiciones para

la promoción del corporativismo o sindicalismo vertical, en el que confluyan empresarios y trabajadores, ofreciendo la vía de la conciliación como alternativa a la práctica de la lucha de clases.

Curiosamente, el fascismo atrae a muy pocos burgueses en sus etapas iniciales y no será sino hasta que haya demostrado su auge incontenible que empiece a ser visto con respeto entre industriales, negociantes y financistas. Similar desprecio recibirá de la aristocracia, refinada y culta, que aunque comprende que el proyecto fascista puede servir a sus intereses, recelará siempre de los dirigentes de esas masas enardecidas. Nobleza y burguesía colaborarán con el fascismo, incluso dándole un fuerte financiamiento, pero casi siempre tras bambalinas y eludiendo aparecer públicamente identificadas con el movimiento. La retórica antiburguesa e incluso socialista del fascismo en sus primeras etapas no ayuda precisamente a superar esa reticencia de la clase dominante que sin embargo no dudará en utilizarlo como instrumento para salvar sus posiciones de poder amenazadas por la crisis revolucionaria.

En el otro extremo de la escala social, el fascismo se mostrará especialmente exitoso. Entre los sectores marginados, el llamado lumpenproletariado, gente trabajadora en desempleo crónico, donde cunde la desesperación, el alcoholismo y otras taras sociales, donde abunda también gente del hampa, es el mundo de los bajos fondos y de la delincuencia común. Ahí el fascismo reclutará a la mayoría de integrantes de los grupos de choque o escuadrones de la muerte. Tras un ligero adoctrinamiento ideológico, les suministrará uniforme, armas y el adiestramiento militar básico. Sentirán por primera vez en sus vidas ser gente importante, que inspira respeto y temor en su entorno. El atractivo del uniforme y el espíritu de equipo, el sentirse parte de algo grande y poderoso, constituirá un señuelo para adhesiones masivas entre estos sectores suburbanos.

Cuando más adelante el fascismo alcance el poder y dirija el Estado se deshará de estos elementos, repentinamente «indeseables» pero que tan bien le han servido hasta entonces, por la vía de la supresión de sus estructuras e incluso de la eliminación física de sus miembros. Es la famosa «noche de los cuchillos largos» en la que las S.S. del ejército alemán liquidaron en cuestión de horas a miles de integrantes de las S.A. y a la totalidad de sus dirigentes. En proporciones menos sangrientas, algo similar aconteció en Italia tras proclamarse el Duce jefe de Estado y aparecer los reclamos o discrepancias de

varios de los jefes fascistas, descontentos con las desviaciones que observaban respecto a la revolución que anteriormente su partido proclamaba. En España aparece la estratagema del general Franco, quien forzado a apaciguar a Hitler por la no entrada de su país en la guerra mundial, promovió una campaña de voluntarios para ser enviados al frente ruso. Casi todos los que integraron la llamada División Azul fueron falangistas de primera hora, a quienes el resentido líder germano envió al norte del frente de guerra ruso. La gran mayoría de esos miembros genuinos de la Falange Española murieron en ese sector, víctimas de las armas rusas o del frío polar a que estaban sometidos. El caudillo se deshacía así de posibles rivales en la conducción ideológica y política del Estado y el partido oficial se rellenaba con gente de reciente ingreso, sin ideología, movidos por el oportunismo y totalmente fieles a la autoridad y liderazgo del «generalísimo», como se hacía llamar Franco.

La ideología de clase del fascismo

Como construcción ideológica, el fascismo corresponde a la ideología de la clase media o, mejor dicho, al segmento específico que el marxismo caracteriza como pequeña burguesía. Es decir, no todas las capas medias, que es un concepto que más se corresponde con nivel de ingresos y por tanto con las relaciones sociales de distribución o consumo, sino aquellos cuya posición en dicho estrato social proviene de su posición en las relaciones sociales de propiedad: es el mundo de la pequeña y la mediana propiedad. Por ser dueños de medios de producción y emplear mano de obra asalariada se acercan a la condición de la burguesía, pero por su escaso capital, por los pocos asalariados que emplean, por su contacto diario con ellos y por participar personalmente en el trabajo, estarían más próximos a la situación de los trabajadores. Constituyen en realidad una clase intermedia, que comparte de uno y de otro mundo, en una sociedad marcada por la creciente polarización entre burgueses y proletarios según la tendencia inherente al modo de producción capitalista.

En una situación de doble crisis, económica por un lado y política por otro, la clase social de la pequeña burguesía se siente acorralada y desesperada, marco en el cual abruptamente se politiza abandonando su tradicional

apartamiento de la vida política porque siente que lo que está en juego es para ella de vida o muerte. La crisis económica la empobrece día a día y amenaza con arruinarla, mandándola de regreso al mundo del proletariado. La perspectiva de una victoria de la revolución proletaria es su mayor inquietud, pues supone el triunfo de un grupo social al que rechaza, del que ha conseguido escapar y hacia el que la crisis la está empujando. El pequeño burgués se identifica no con aquello de lo que está próximo, sino con lo que quiere llegar a ser, sin serlo: una persona adinerada, sin sobresaltos económicos, un triunfador, y aunque está muy lejos del mundo del burgués, tiende a simpatizar con él y en sus fantasías sueña llegar a ser como él. De ahí que le sea muy atractivo el triunfalismo del fascismo que pinta un futuro espléndido, así como su discurso contrarrevolucionario. Se siente plenamente identificado: él también desprecia a la plebe, aunque en el fondo siga siendo un plebeyo.

La pequeña burguesía coincide con que se necesita alguien que ponga orden, que paralice la posibilidad de cambio revolucionario y contenga por la fuerza las luchas y aspiraciones de la masa trabajadora, al tiempo que también ponga en su sitio a los poderosos que abusan de su ventaja para sacar provecho de la crisis. El fascismo le promete ambas cosas a la vez. Además, sabe tocar las teclas psicológicas que le son sensibles: la sensación de grandeza, importancia y trascendencia, que le permite al pequeño burgués superar de manera ficticia su propia pequeñez, insignificancia e intrascendencia. Unido al movimiento, ese individuo en general carente de grandes ambiciones o de elevados ideales, encontrará en el fascismo un motivo para sentirse parte de algo grande. La propaganda fascista sabrá tocar resortes de carácter subconsciente para reforzar esa sensación de fuerza y potencia extremas, el imán capaz de arrastrar voluntades. Es por ello que resultan tan prototípicos del movimiento las grandes concentraciones, el uso masivo de uniformes y banderas, los enormes símbolos y pendones que cuelgan tras el escenario, la oratoria inflamada del líder hablando desde lo alto a la multitud enfervorizada. Este ofrece soluciones simples a problemas complicados, señala un culpable cual chivo expiatorio sobre quien concentrar las iras y el odio, proclama con claridad lo que hay que hacer y demuestra que es capaz de cumplir lo que promete. La demagogia y el populismo de que hace gala el fascismo —que molestará a intelectuales y a gente de pensamiento— constituye para el mundo de la pequeña burguesía su gran cualidad. La credulidad del pequeño

burgués se reforzará en la medida que el fascismo demuestre eficacia en el manejo de la crisis y de la economía, algo que logró parcialmente en Italia y plenamente en Alemania.

El milagro económico alemán de los años treinta, superando tanto las trabas que impuso el Tratado de Versalles a la recuperación económica como las consecuencias de la recesión mundial a partir de 1929, tiene que ver con la política de grandes inversiones estatales que impulsó el nazismo desde su llegada al poder. El mecanismo, cuya clave es la centralidad de la intervención económica del Estado, tiene semejanzas con el New Deal impulsado en los Estados Unidos según las propuestas de Keynes. Es decir, grandes inversiones que generen empleo masivo han de servir para dar capacidad de compra a la población, crecería así la demanda efectiva y el conjunto de empresas se reactivarán, impulsando a su vez el empleo. El círculo vicioso de la crisis debería así ser frenado, revertido su movimiento y convertido en un círculo virtuoso. Mientras en Estados Unidos la fórmula funcionó solo a medias, en cambio en la Alemania nazi tuvo pleno éxito. La diferencia: en el caso germano una política de rearme masivo acompañó a las obras públicas, amplificando el efecto recuperador de la economía. De hecho, también la economía norteamericana se sobrepuso y repuntó, no con el New Deal, sino a partir de sus preparativos para entrar en la segunda guerra mundial.

El fascismo en Italia consiguió asimismo una importante recuperación económica, pero no comparable en lo espectacular con el caso alemán. No de casualidad la burguesía germana había intentado disputarle la hegemonía mundial a la todopoderosa Inglaterra; su potencial y capacidad tecnológica se desplegarían plenamente en el marco de la política impulsada por el fascismo, haciéndola creer que la posibilidad de revancha, es decir, de victoria en una segunda guerra estaba al alcance de su mano. El pueblo alemán, de quedar postrado tras la derrota en la Gran Guerra y las durísimas condiciones que los vencedores le impusieron, pasó a ser en pocos años el que tenía mejores índices de prosperidad y calidad de vida de toda Europa. Los «escarabajos» de la empresa estatal Volkswagen (vehículos del pueblo), dirigida por un brillante ingeniero de apellido Porsche, estaban al alcance de cualquier familia media. Una formidable red de autopistas permitía viajar cómodamente por el país, pero en realidad formaba parte de los planes militares pues, construidas de hormigón, se diseñaron para soportar el paso

de columnas de tanques. Hitler anunció que dejaba de cumplir las cláusulas desmilitarizadoras de Versalles, tal como había proclamado siempre, pues Alemania tenía derecho a poder defenderse. Se emprendió la modernización y rearme simultáneos de la infantería, la artillería, la caballería motorizada, la aviación y la marina. Gran cantidad de empresas se beneficiaban de los enormes contratos estatales, crecían sus ganancias así como el tamaño de sus plantillas. Con razón el nazismo amplió sus bases de apoyo entre la población, pues la vida cotidiana de la gente de todos los estratos mejoró mucho y en muy corto tiempo. El Führer hablaba como un iluminado, pero la vida diaria parecía demostrar que el fascismo cumplía y que lo hacía con hechos, no solo palabras.

El carácter de clase del fascismo

La pregunta por el carácter de clase equivale a la pregunta por los intereses que defiende verdaderamente el fascismo. Aunque lógicamente sus éxitos en materia económica atraerán el apoyo de los más diversos sectores, el conjunto del proyecto tiene como beneficiarios máximos a un grupo muy concreto y determinado: el gran capital. Es decir, no toda la clase dominante, no la totalidad de la burguesía, sino aquel sector de mayor capacidad económica y que detenta realmente el poder: el grupo dueño de la gran industria, el que controla el capital financiero y la gran banca. De los diferentes regímenes fascistas, donde esta tesis aparece y se puede defender con más claridad es, lógicamente, donde el sistema capitalista está más desarrollado: Alemania. Es así por el ligamen entre fascismo y capitalismo.

Muchos han especulado con la idea de que la democracia es inherente al capitalismo, propia de él, incluso olvidando que su origen se remonta dos mil quinientos años atrás y que ha aparecido históricamente en distintos modos de producción. Otros se inclinan a creer que la democracia es una especie de resultado natural del sistema, que ella constituye su régimen político normal y más adecuado, que la ausencia de democracia sería atribuible a la falta de más desarrollo capitalista, que el crecimiento económico la va a traer como su consecuencia lógica y defienden su fe en una virtual identidad entre capitalismo y democracia aun contra toda evidencia empírica. Estos suelen explicar

el caso de los fascismos o de las dictaduras y regímenes autoritarios, o bien como resultado de la falta de más capitalismo, o bien como deformaciones o «tumores» que excepcionalmente le han aparecido al sistema. Olvidan las duras y sangrientas luchas que cada una de las libertades y derechos democráticos costaron en su momento, que ninguno fue regalado ni cayó del cielo y que ninguno está asegurado para siempre, pues todos son reversibles, pueden ser revertidos y de hecho lo han sido ya en varias ocasiones y lugares. Un enfoque menos ideológico debería plantearse más ceñido a los hechos: que en el capitalismo unas veces se ha obtenido democracia y otras ha surgido el autoritarismo. La clase dominante en ocasiones vio conveniente o se ha visto forzada a ejercer el poder en condiciones de democracia mientras en otras se vio compelida o prefirió las formas de dominación propias del fascismo. De hecho, el régimen político propio del capitalismo —en el sentido de que nunca antes en la historia había aparecido, de que ningún otro modo de producción lo había producido— es el fascismo y no la democracia. No es correcto al analizar el fenómeno del fascismo utilizar sólo conceptos como «civilización» y «modernidad» y silenciar la palabra «capitalismo». Hacerlo equivale a ocultar la verdad.

El hecho es que en Alemania, de forma semejante a Italia o España, la clase dominante y en especial la fracción de clase hegemónica, el gran capital, apoyó de manera unánime y total, sin disensiones ni deserciones de importancia, al fascismo una vez este se hizo con el poder del Estado y empezó a impulsar su proyecto político. Este puede resumirse en una palabra única: militarismo. Pero tal vez conviene más para el análisis desglosarla en otras tres, en las que se aprecia con más detalle el núcleo central de su estrategia y las razones de la adhesión entusiasta del poder económico al designio del poder político: armamentismo, guerrerismo, imperialismo. Hagamos una breve revisión de su significado, una por una, y de los intereses de clase a cuyo servicio están.

El armamentismo como línea estratégica en un país capitalista implica la inversión de gran cantidad de recursos, no solo financieros, sino también humanos y tecnológicos al proceso de producción de armamentos, a la investigación y desarrollo de nuevos sistemas de armas, a la dedicación de una parte de la estructura industrial de la nación a este propósito. Todo esto se emprendió en grandes proporciones en Italia y, sobre todo, en Alemania. Sig-

nificó para el capital industrial un nuevo cliente, único y con capacidad de pago casi ilimitada. Son muchas las cosas que necesita un ejército moderno, en especial si se apresta a entrar en combate: no solo armamentos y municiones, sino avituallamiento de todo tipo, por lo que muchas de las ramas industriales se ven de inmediato beneficiadas con contratos enormes. Incluso muchas empresas medianas y pequeñas se levantan de la crisis en la ola de encargos que provienen de las de mayor tamaño. También las universidades, laboratorios y centros de investigación se ven beneficiados con generosos presupuestos al servicio del rearme. De hecho la lista de procesados inicialmente en Nürenberg por haber contribuido y apoyado al nazismo incluía muchos grandes industriales, juicios donde la mayoría fueron exonerados o que ya ni siquiera llegaron a celebrarse ante la llegada del clima de guerra fría. Alemania era ahora una pieza importante en la partida de ajedrez mundial de las superpotencias y ya no era posible dejar a un decisivo aliado privado de su elite dirigente por insistir en cobrarse la factura histórica por los crímenes del nazismo y de sus cómplices o colaboradores.

El guerrerismo del fascismo fue un complemento decisivo de lo anterior, pues las armas es un tipo de mercancía cuyo «consumo» se efectúa básicamente en las guerras. La política de guerra de expansión, de guerras de agresión y de guerras preventivas que lanzó el fascismo multiplicó el negocio del gran capital. Pero además, este coincidía con los objetivos planteados por el fascismo. Tras la dominación territorial y la grandeza imperial propias del discurso fascista, el gran capital contemplaba la posibilidad de controlar una mayor porción del mercado mundial, las fuentes de materias primas, el recurso estratégico del petróleo, la posibilidad de alcanzar o compartir con los aliados la hegemonía mundial. La guerra volvía a demostrar que en la era moderna constituía lo que el militar prusiano von Clausewitz del siglo XIX había ya definido: «es la continuación de la política por otros medios». Y según la genial intuición de otro eminente pensador del mundo burgués, Maquiavelo, política es técnica del poder: cómo obtenerlo, conservarlo y acrecentarlo. Mas lo que el gran pensador florentino no vio, ni podía *pre-ver* en el siglo XVI, era la capacidad destructiva de la guerra en el capitalismo con las nuevas capacidades de la ciencia y la técnica, la razón humana puesta al servicio de la irracionalidad más absoluta, la leva masiva hasta contar con millones de hombres en los ejércitos, la brutalidad de los bombardeos, de las cámaras de

gas o de la bomba atómica. El desarrollo ulterior de las fuerzas productivas logrado por el capitalismo ha acrecentado asimismo las fuerzas destructivas a su servicio, con lo cual el guerrerismo de la segunda guerra mundial resultó ser mucho más devastador que el de la primera y el de aquella resulta pequeño comparado con las guerras de la actualidad.

El imperialismo acompaña al armamentismo y al guerrerismo como línea estratégica central del fascismo. Implica, indudablemente, una burguesía capaz por su poderío y potencial de plantearse objetivos imperiales. El apetito por la hegemonía mundial, por la victoria en la feroz competencia entre burguesías nacionales, está por detrás, alimentando al fenómeno del fascismo y dándole su razón de ser. También puede darse un imperialismo de menor ambición, de objetivos hegemónicos únicamente regionales. En todos los casos el fascismo es un instrumento político e ideológico para una clase dominante decidida a extender su poderío más allá del espacio económico y territorial de la nación. No necesariamente es el mejor ni el más eficaz. El capital alemán consideró que con Hitler llegaba su hora para intentar dominar el mundo o, mejor dicho, compartirlo con sus aliados, Italia y Japón. No llegó a pretender, y no podía hacerlo, una hegemonía global única en solitario. El resultado de su derrota bélica configuró, paradójicamente, una situación en la que tal hegemonía por una sola potencia era factible. Curiosamente, los competidores de Estados Unidos han sido finalmente Japón y Alemania. Ambas han logrado, en democracia y por el método de la penetración y la integración económicas, el liderazgo en sus respectivas regiones mundiales, aquello en lo que fracasaron cuando su imperialismo se apuntaló en el recurso a la agresión militar y al fascismo. La renuncia al militarismo las ayudó a despuntar nuevamente.

Algunas conclusiones provisionales

Una primera conclusión del recorrido conceptual hecho hasta ahora resulta obvia: no toda burguesía está en condiciones de «darse el lujo» del fascismo. Este queda lejos del alcance de burguesías subdesarrolladas en países que importan casi todo, incluidas las armas, donde apenas hay capas medias y por tanto ninguna posibilidad de configurar movimientos de masas

desde ellas. En la periferia las clases dominantes pueden recurrir a feroces dictaduras militares, toscas y vulnerables si se comparan con la fortaleza y la hegemonía (en el sentido gramsciano) del fascismo en el centro del sistema. Imponen la militarización en la sociedad, pero esta no se ve acompañada del armamentismo, del guerrerismo ni del imperialismo.

El fascismo, justamente por su naturaleza capitalista, es cosa del centro del sistema y de sus luchas por la hegemonía y por preservarse del peligro de un cambio revolucionario. Como mucho, de países de la semiperiferia del sistema mundial, según la categorización hecha por Immanuel Wallerstein de este. Lo cual no impide que elementos de la ideología, táctica y métodos del fascismo puedan ser adoptados por burguesías periféricas en su lucha por no ser desplazadas del poder. Pero la verdadera preocupación sobre el posible resurgimiento del fascismo debe centrarse en los países más fuertes y poderosos, en especial en el que detenta la hegemonía mundial. El solo hecho de haber tendencias en esa dirección genera impulsos similares en otras regiones del planeta sometidas a su influjo ideológico.

Hay que tomar en cuenta la posibilidad, más bien probabilidad, de características nuevas y diferencias que corresponderían a los cambios ocurridos en el sistema, en especial aquellos relacionados con la globalización. Así, en el siglo XXI la ideología del nacionalismo aparece débil, lo que se corresponde con la mundialización de la economía y la cultura. En cambio se ha reforzado la ideología fundamentalista ligada al fenómeno religioso —reflejo del vacío existencial y de la enajenación consumista y competitiva— que sirve como nueva base para el irracionalismo, central en la psicología fascista. Se renueva desde ese fundamentalismo la idea de cumplir algún tipo de «misión histórica» a la que se ha de sacrificar todo para su cumplimiento. Ello permite dividir el mundo en «nosotros y ellos», el bien contra el mal, en un maniqueísmo que permite revivir el ambiente de cruzada, así como el fascismo del siglo XX revivía el arcaísmo de lo dionisiaco ya recuperado antes por Nietzsche.

Los mitos del pasado glorioso o de la supremacía racial pueden aparecer sustituidos por otro mito: la superioridad del «*american way of life*» y de sus valores de libertad, derechos humanos y democracia, aunque tal sistema de creencias conlleve aplastar tales derechos y libertades a los pueblos que el neofascismo decide someter, argumentando irracionalmente que se ve obligado a «imponer la democracia». Se presenta así la tendencia del modelo de

vida occidental a derivar en un «demo-fascismo». Para que sea posible un fascismo que se basa en los «valores occidentales» debe darse en el centro del sistema la depreciación de la democracia y el recorte de las libertades y los derechos ciudadanos. Sucesivas leyes han permitido efectivamente desarrollar un Estado policial, contrario a las constituciones, por lo tanto ilegal, pero que ha sido legalizado. Este proceso arranca en Estados Unidos con el Acta Patriótica promulgada tras los ataques del 11 de septiembre de 2001. Estos han sido calificados de «un nuevo Pearl Harbor» por su capacidad de unir a la nación, pero hay que hacer notar que tienen bastante el aspecto de «un nuevo incendio del Reichstag» —que fue utilizado por Hitler para la persecución de sus oponentes políticos y del que siempre se ha sospechado que haya sido permitido, o incluso perpetrado, por los propios nazis—.

La ideología neoconservadora actualmente predominante en Washington tiene mucho de reacción antiliberal, opuesta incluso al neoliberalismo. Es una ideología que corresponde, no a la lógica del libre mercado y de la competencia sino a la nueva realidad de oligopolios, monopolios y grandes transnacionales que anulan toda competencia y controlan mercados cautivos. Estos «neocons» que rodean al actual presidente estadounidense son partidarios del pensamiento único y totalitario, de anteponer la propaganda a la información veraz y crítica, de usar las formas más duras de represión, incluida la tortura, ante la situación «de excepción» que se atraviesa en plena «guerra mundial contra el terrorismo». Representan la reacción más extrema ante las tendencias al declive norteamericano y a la pérdida de su posición hegemónica. También ante la aparición de alternativas al sistema y la posibilidad de cambios revolucionarios en diferentes zonas del mundo.

La lógica «neocon» se acerca peligrosamente a la forma de razonar del fascismo: utilizar todo el poderío militar de que dispone la superpotencia para imponerse, sin importar que el sistema de instituciones que regulan las relaciones internacionales se debiliten, o que sea hecho a un lado todo el derecho internacional, sus convenios y tratados. El Tercer Reich se consideraba a sí mismo por encima de tales consideraciones, lo mismo hicieron Mussolini o Franco, de manera semejante a como se comporta la actual administración norteamericana con lujo de arrogancia y prepotencia. Las dos guerras consecutivas tras el 11-S, en especial la lanzada contra Irak, la proclamación de un supuesto derecho unilateral a la «guerra preventiva», la confección de la lista

de Estados llamados «el Eje del Mal», las detenciones preventivas indefinidas, las desapariciones forzadas, los malos tratos a prisioneros y las torturas, la existencia de una cárcel como la de Guantánamo. Puede alargarse la lista, pero es suficiente para fundamentar la preocupación y mostrar que no se trata de exageraciones.

Se suman a estas acciones —sobre las que se dice oficialmente que son parte de una guerra mundial contra el terrorismo que podría durar varias generaciones, todo el siglo tal vez— anuncios, amenazas y planes de intervención militar en otros países, configurando una novedosa situación de guerra permanente. Asistimos a la emergencia del imperialismo más agresivo, abrazado abiertamente al guerrerismo como modo preferente de hacer política y de imponer sus designios en el mundo. Acompaña esa estrategia, como es lógico esperar, el armamentismo más desenfrenado de la historia del capitalismo. Los datos más actuales los ofrecieron cables de agencia recogidos por el periódico español *El País* el recién pasado 3 de agosto. La nota califica a Estados Unidos de «máquina de guerra». Veamos por qué.

En el vigente período presupuestario estadounidense, de octubre de 2006 a septiembre del presente año, si se incluyen los montos destinados a los conflictos de Afganistán e Irak, el gasto militar se ha elevado a 450 mil millones de dólares. Eso equivale, se indica en la nota periodística, al 45% del gasto militar mundial. Es decir, los Estados Unidos dedican al rubro militar casi lo mismo que todo el resto del mundo junto. Para el próximo ejercicio fiscal que iniciará en octubre de 2007 la superpotencia va a gastar más todavía, pues ya ha aprobado 481400 millones de dólares. A esos datos hay que sumar el hecho de que desde hace ya mucho dicho, país es el mayor ofertante y vendedor de armas del mundo. Y subiendo. Sus últimos éxitos acaban de darse a conocer: venderá armas por valor de 46 mil millones de dólares a un grupo de seis países de Oriente Próximo, encabezados por Israel, Egipto y Arabia Saudita. Al parecer poco importa en este tema el discurso de la libertad y la democracia, pues cualquiera de los tres regímenes luce bastante impresentable para los parámetros que supuestamente defiende Occidente.

¿A qué intereses sirve una política tal? El diario da una corta lista de las grandes empresas involucradas en dicho negocio: Boeing, Lockheed, Raytheon, General Electric, Northrop, General Dynamics, United Technologies, Honeywell... A ellas habría que sumar las que se han especializado en el

segundo negocio, el que viene tras la destrucción bélica, el asimismo muy lucrativo de la reconstrucción, en el que también un puñado de empresas acaparan los contratos estatales, otorgados comúnmente sin licitación alguna. Es la plasmación del viejo contubernio denunciado tempranamente por el presidente Eisenhower al término de la segunda guerra mundial: la configuración de un complejo militar-industrial que actúa como grupo de presión para mantener elevados los presupuestos de defensa. Su poder del mismo se ha acrecentado a tal punto que no solo presiona, en buena medida dicta la política. Es ya parte de un fenómeno estructural, del que la economía estadounidense no puede prescindir sin desequilibrarse, que es además demasiado poderoso y ramificado para hacerlo a un lado. De ahí que el peligro de un retorno del fascismo, o de alguna variante del mismo, resulta ser estructural. El mundo urge de cambios en el equipo que dirige al país hegemónico.

Referencias bibliográficas

Arendt, H. *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, 1987.

Baran/Sweezy. *El capital monopolista: ensayo sobre el orden económico y social de Estados Unidos*, México, 1975.

Bauer/Marcuse. *Fascismo y capitalismo: teorías sobre los orígenes sociales y la función del fascismo*, Barcelona, 1976.

Blum, W. *El Estado agresor. La guerra de Washington contra el mundo*, Madrid, 2006.

Bracher, K.D. *La dictadura alemana: génesis, estructura y consecuencias del nacionalsocialismo*, Madrid, 1969.

Controversias de historia contemporánea sobre fascismo, totalitarismo, democracia, Barcelona, 1983.

- Brecht, B. *Escritos políticos y sociales*, México, 1978.
- Carocci, G. *Historia del fascismo*, México, 1961.
- Carsten, F. *La ascensión del fascismo*, Barcelona, 1971.
- Dimitrov, G. *Obras escogidas*, Sofía, 1964.
- Ebenstein, W. *El totalitarismo: nuevas perspectivas*, Buenos Aires, 1965.
- Gil, J. *La Europa de las dictaduras: de Mussolini a Primo de Rivera y Salazar*, Madrid, 1997.
- Glucksmann, A. *El viejo y el nuevo fascismo*, México, 1975.
- Gramsci, A. *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, Buenos Aires 1998.
- Haffner, S. *Anotaciones sobre Hitler*, Barcelona, 2002.
- Hobsbawm, E. *Historia del siglo XX*, Barcelona, 1994.
- Jackson, G. *La república española y la guerra civil*, México, 1967.
- Kohn, H. *El nacionalismo: su significado y su historia*, Buenos Aires, 1966.
- Kühnl, R. *Liberalismo y fascismo: dos formas de dominio burgués*, Barcelona, 1978.
- Lukacs, J. *El Hitler de la Historia*, México, 2003.
- Mandel, E. *El fascismo*, Madrid, 1976.
- Nolte, E. *El fascismo de Mussolini a Hitler*, Barcelona, 1970.
- La crisis del sistema liberal y los movimientos fascistas*, Barcelona, 1971.

- Nouschi, M. *Historia del siglo XX. Todos los mundos, el mundo*, Madrid, 1996.
- Maser, W. *Adolf Hitler: Legende, Mythos, Wirklichkeit*, Munich, 1971.
- Michel, H. *Les fascismes*, Paris, 1977.
- Ortega y Gasset, J. *La rebelión de las masas*, Madrid, 1972.
- Paris, R. *Los orígenes del fascismo*, Barcelona, 1976.
- Paxton, R.O. *Anatomía del fascismo*, Barcelona, 2005.
- Payne, S.G. *El fascismo*, Madrid, 1986.
- Poulantzas, N. *Fascismo y dictadura: la tercera internacional frente al fascismo*, México, 1971.
- Reich, W. *The Mass psychology of fascism*, New York, 1970.
- Suárez, L. *Un siglo de terror en América Latina. Crónica de crímenes de Estados Unidos contra la humanidad*, Melbourne, 2006.
- Tannenbaum, W. *La experiencia fascista: sociedad y cultura en Italia 1922-1945*, Madrid, 1975.
- Tasca, A. *El nacimiento del fascismo*, Barcelona, 1967.
- Thomas, H. *La guerra civil española*, Barcelona, 1995.
- Togliatti, P. *Lecciones sobre el fascismo*, México, 1977.
- Vidal Villa, J.M. *Teorías del imperialismo*, Barcelona, 1976.
- Wolin, R. *The Seduction of unreason: the intellectual romance with fascism: from Nietzsche to postmodernism*, New Jersey, 2004.
- Zitelmann, R. *Adolf Hitler. Selbstverständnis eines Revolutionärs*, Stuttgart, 1987.